

Vargas, Virginia. **Las miradas y estrategias políticas feministas en el nuevo milenio: una perspectiva desde América Latina.** *En publicación: OSAL, Observatorio Social de América Latina, año VII, no. 20.* CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales: Argentina. 2006 1515-3282.

Disponible en la World Wide Web:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal20/vargas.pdf>

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

Las miradas y estrategias políticas feministas en el nuevo milenio: una perspectiva desde América Latina

Virginia Vargas*

* *Socióloga, teórica y activista feminista.*

Investigadora del Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán e integrante de Articulación Feminista Marcosur.

La contingencia de lo nombrado y conquistado

La teoría feminista surge de la práctica del “nombrar” lo que no tenía nombre. Un nombrar en disputa, en reapropiación, en producción de discursos propios. Por eso, ese nombrar produjo saberes. La dinámica más potente de producción de saberes que instauró el feminismo desde sus balbucentes comienzos fue justamente la de nombrar lo hasta ese momento sin nombre. Y el evidenciar, en este acto, la distancia entre práctica y teoría. Este nombrar dio auto-reconocimiento de una experiencia personal y colectiva, de exclusión y dominación, pero también de resistencias a la homogeneización. Nombrar lo personal en clave política convirtió las preguntas, angustias, incertidumbres y proyectos personales en una propuesta política colectiva, alimentando la acción transgresora de los límites impuestos por una forma de conocimiento y aprehensión de la realidad social. Es decir, “sólo cuando se nombra la realidad se está en capacidad

de cambiar el significado que tiene, que muchas veces aparece como natural y neutro” (El Achkar, 2001).

“Lo personal es político” sigue siendo el aporte teórico más radical de esta práctica. Fue el impulso más contundente para politizar la cotidianidad y posicionarla, lentamente, como parte del horizonte referencial de las mujeres y la cultura en la sociedad, abriendo el terreno subjetivo para “el derecho a tener derechos”.

Estos procesos de producción de saberes no se hicieron desde la academia, aunque por la acción feminista llegaron prontamente a ella revolucionando los paradigmas del conocimiento. Por ejemplo, la consigna levantada por las feministas chilenas en su lucha contra la dictadura de Pinochet nos ofreció “otra mirada” a partir de ese impactante slogan: “democracia en el país y en la casa”, el cual condensaba un posicionamiento en lo público incorporando la política de lo privado. Esa sola consigna expresaba una teoría de la democracia y una forma transgresora de hacer política que no estaba en los textos, ni en el canon académico, ni en el imaginario político de la sociedad.

Sin embargo, el conocimiento producido en diferentes momentos, coyunturas y espacios geográficos (local-global) no puede tener vocación de totalidad. Es fundamental, como decía Julieta Kirkwood, su permanente actualización, en el hoy, y su vinculación al proyecto global. “El querer saber surge cuando se constata la no correspondencia entre los valores postulados por el sistema y las experiencias concretas reales humanas” (Kirkwood, 1986). Nora Domínguez se adentra bien en esta idea al decir que “si la consigna fue romper, transgredir, pervertir, dar vueltas a los modelos heredados, ni el resultado ni los legados pueden quedar aprisionados en alguna forma de estabilidad, sobre todo porque la deuda de la exclusión tiene aún llagas abiertas” (Domínguez, 2000).

Por ello, las palabras inicialmente liberadoras también pueden ser palabras “secuestradas” (Massey, 2000) al

“Nombrar lo personal en clave política convirtió las preguntas, angustias, incertidumbres y proyectos personales en una propuesta política colectiva, alimentando la acción transgresora de los límites impuestos por una forma de conocimiento y aprehensión de la realidad social”

cargarse de significados congelados en el tiempo, desligándose de un proceso en permanente mutación. Si el nombrar instituye, forma identidad, el acto de nombrar es permanente, porque las identidades son complejas y múltiples, inestables, movilizándose selectivamente, en respuesta a procesos económicos, sociales, políticos y culturales específicos. Por ello, ese nombrar inicial es fundante de una práctica subversiva y transgresora, pero es también contingente. No sólo abre espacio para nuevos saberes, sino también para procesos, de múltiples prácticas, que impulsan nuevos itinerarios, modificando o generando nuevas relaciones de poder que quieren disciplinar lo nombrado u oscurecer las presencias y puntos de vista de numerosos nuevos actores/as y problemáticas que se perfilan desde otros significantes y exclusiones o de las nuevas palabras que señalan, como dice Diana Maffia, nuevas vías de aproximación y posibles ordenamientos interdisciplinarios (Maffia, 2000). Son los “saberes impertinentes” para la legitimidad del discurso tradicional. Así, la historicidad del nombrar va de la mano con la historicidad de los procesos de apropiación-reapropiación-disputa frente a los nuevos significantes que va dejando la cambiante realidad.

Por eso, este es un nombrar permanente que requiere desplegarse al compás de los cambios. Pero muchas veces la práctica se adelanta a la teoría, especialmente cuando, como hoy, nos enfrentamos a problemas y preguntas nuevas para las cuales no hay respuesta. Pobreza del conocimiento hegemónico, pero también de un tipo de conocimiento feminista elaborado desde paradigmas en extinción, que no logra capturar la riqueza y la diversidad de la experiencia social del mundo.

¿En base a qué conocimientos deben ser respondidos estos problemas? Desde la incertidumbre y la conciencia de inacabamiento, que, en vez de ser aparentes limitaciones, han devenido en potentes impulsos para estas búsquedas. De allí la importancia de recuperar lo que Nira Yuval-Davis (2004) llama la “ética de la incomodidad” frente a lo nombrado en otros momentos y desde otros paradigmas, recuperando lo que Julieta Kirkwood (1986) llamaba la “licencia para expresar”, en una suerte de irresponsabilidad para con el paradigma científico y los conceptos que se asumen en su lenguaje, en una especie de desparpajo de mezclarlo todo produciendo una desclasificación de los códigos, una inversión de los términos de lo importante.

El nuevo cambio de mirada

Este concierto de incertidumbres e incomodidades requiere, para su reconocimiento, nuevas formas de entender lo político y nuevos contenidos y orientaciones políticas. Un aspecto fundamental de la nueva cultura política, acorde con los nuevos tiempos, y de una nueva teoría política, es asumir que la transformación de la realidad presupone la



© Marcelo Perera

“transformación de la mirada” (Beck, 2004). Para este autor, esta nueva mirada implica también un cambio de imaginación, desde una centrada en el estado-nación hacia una imaginación cosmopolita, que no elimina sino que reubica las escalas global-local, evitando el desperdicio de la experiencia social (Santos, 2002), reconociendo que en la sociedad contemporánea las escalas de sociabilidad están interconectadas –local, nacional, global– y que una mirada cosmopolita requiere incorporarlas. Privilegiar una escala es una decisión política que se asume de acuerdo a las condiciones y contextos políticos concretos. Beck, a su vez, asume que estas miradas son complementarias, lo que permite disolver la “ficción” que cada una arrastra, pero es la mirada cosmopolita la más cercana a la realidad actual, porque abre posibilidades de acción que la mirada nacional, sola y en sí misma, cierra.

Esta mirada cosmopolita es fundamental para entender las nuevas dinámicas que va dejando la práctica de los movimientos sociales en su articulación global-local, expresando pluralidad de luchas y contenidos emancipatorios. Y si bien ha habido fragmentación y particularización de las luchas, ha habido lo que Lechner llama la privatización de las conductas sociales, generando una “cultura del yo”, recelosa de involucrarse en compromisos colectivos” (Lechner, 2000), se han producido también nuevas formas organizativas –Castells (1999) la llama sociedad en red–, que se han expresado no como actores unificados, ni sólo como movimientos de contenido plural, sino más bien como un “campo de actores” amplio, diverso y en permanente ampliación y transformación (Jelin,

2001), produciendo nuevos marcos de sentido. En este campo, el quiebre radical en base al cual se percibían los viejos y los nuevos movimientos sociales en las décadas anteriores ya no es tan evidente. Son otras las dinámicas que comienzan a impactar: luchas orientadas a la justicia global, desde diferentes vertientes, luchas emancipatorias respecto de un paradigma obsoleto, sin saber aún cómo reemplazarlo.

Estas luchas no anulan sus diferencias; por el contrario, surge una pluralidad de sentidos al expandirse el espacio de la experiencia social, en lo local y global. Y todas las luchas, salvo para una mirada esencialista, despliegan sólo una parte de la identidad. En el caso de los feminismos, a las clásicas luchas por una sexualidad diferente, por cambios en las relaciones de poder entre los sexos, se unen otras luchas de sentido, contra el neoliberalismo, la militarización, los fundamentalismos. Y en ello hay marcos de sentido en permanente ampliación, que responden al hoy y se vinculan con un proyecto global de transformación, desde múltiples proyectos emancipatorios.

En estos nuevos marcos de sentido, ¿cómo construir diálogos con los énfasis diferenciados de las múltiples luchas emancipatorias? ¿Cómo evitar identidades irreductibles y, al mismo tiempo, dar lugar a espacios nuevos de negociación entre las diferencias? ¿Cuáles son las diferencias que merecen reconocimiento? ¿Cómo extender la “comunidad epistemológica” (Melucci, 2001) sin perder el perfil de la nueva mirada, sin desdibujar la urgente redistribución de poder y reconocimiento de las propuestas en un concierto de dinámicas y diversidades reclamando justicia y visibilidad?

Una idea fuerza para tratar de acercarme a estas preguntas es que la realidad no puede ser reducida a lo que existe, sino que debe incorporar también a lo suprimido, lo existente como residual, como confinado a una sola dimensión. Para iluminar/trasversalizar el cambio de mirada, se requiere una “operación epistemológica”, lo que Boaventura de Sousa Santos (2002) llama la “sociología de las ausencias” y la “sociología de las emergencias”. El objetivo de la sociología de las ausencias es identificar y valorar las experiencias sociales disponibles en el mundo, aunque sean declaradas como no existentes por la racionalidad y el conocimiento hegemónico. La sociología de las emergencias busca identificar y ensanchar los signos de experiencias futuras posibles, ya sea como tendencias o latencias, que son activamente ignorados por la racionalidad y el conocimiento hegemónico.

El cuerpo como lugar político

Justamente una ausencia en emergencia activa, que no logra ser reconocida a pesar de los innumerables signos que denotan su existencia, es el cuerpo como lugar político en su contenido transversal. Indudablemente ha surgido, como dice Claudia Bonan (2001),

un nuevo marco interpretativo para los asuntos del cuerpo. Frente a los marcos biomédicos, religiosos, estatales, se esboza un nuevo marco emancipatorio. ¿Cómo expresarlo en sus múltiples articulaciones? Una alternativa es confrontar la violencia de la no existencia y recuperar el cuerpo como lugar político. El cuerpo ha comenzado a ser uno de los énfasis integradores de estas nuevas miradas políticas. Recuperar el cuerpo como espacio político, que actúa como mediador de las relaciones sociales y culturales vividas, al estar “no sólo atado a lo privado, o al ser individual, sino también vinculado íntegramente al lugar, a lo local, al espacio público” (Harcourt y Escobar, 2003). En esta mirada, el cuerpo ofrece un doble movimiento: tanto de nuevas aproximaciones y posibles reordenamientos interdisciplinarios, como de recuperación de los “saberes impertinentes” (Sutherland, 2004), las palabras no visualizadas, las palabras ausentes.

El cuerpo ha devenido en un campo “dotado de ciudadanía” (Ávila, 2001) a través de una serie de “experiencias sociales disponibles” que producen múltiples articulaciones. Lo está desde los feminismos, en su incansable lucha por los derechos sexuales y reproductivos, y por la recuperación de la intimidad como parte sustancial de la vida democrática y del contenido ciudadano, al radicalizar el derecho a la libertad y la autonomía, identificando la relación de obligatoriedad entre sexualidad y reproducción; recuperando el derecho al placer, a una vida sin violencia, en lo privado e íntimo; buscando expresarse en lo público; incorporando a la ciudadanía esta dimensión de libertad. La lucha por la despenalización del aborto es paradigmática en esta búsqueda de autonomía y libertad.

El cuerpo político está posicionado también desde los movimientos de orientación sexual en todas sus variantes (especialmente transexuales, travestis, transgéneros) para su expresión en lo público, pues su no reconocimiento obliga a que estas identidades se recluyan en lo privado, radicalizando lo público con el derecho a la diferencia. Lo está también en la lucha por el control del SIDA, tanto por las enormes resistencias que esta produce en las jerarquías eclesiásticas de todo tipo y en los gobiernos, incluso democráticos, como por el contenido paradigmático que encierra en relación a la confrontación del monopolio de las patentes de los medicamentos.

Y lo está en los conflictos armados y las guerras, donde el cuerpo de las mujeres es visto y asumido como botín de todos los bandos, como lo demostró la Comisión de la Verdad de Perú, o como lo demuestra la interminable guerra interna en Colombia, en Guatemala, en Yugoslavia. La defensa del cuerpo de las mujeres en las guerras internas ha impulsado uno de los movimientos globales más importantes, que también está presente en América Latina: las mujeres de negro.

Lo está también, de una manera perversa, en la lucha contra el racismo, que confronta las exclusiones sociales, culturales, económicas, emocionales por un color de piel dife-

***“Para la legitimidad
y reconocimiento
del cuerpo como
política son
necesarios otros
cambios
democráticos que
impacten aquello
que actúa
activamente para
su no existencia”***

rente al hegemónico, y que en el caso de las mujeres tiene especial impacto en su cuerpo sexual. Baste si no recordar la prostitución de las niñas tailandesas para servir a los viejos blancos europeos, o la sexualidad complaciente atribuida a las negras en América Latina, incluyendo obviamente Perú.

Y lo está en la economía, en la pobreza, en el hambre, que quita capacidades, generalmente con impacto irreversible, en el cuerpo de las nuevas generaciones. En nombre de la supremacía del mercado y el desprecio a la ciudadanía. Y que quita además capacidades mayores a las mujeres al no reconocer la dimensión económica reproductiva, la economía del cuidado de los cuerpos, propios y ajenos, que es inherente al trabajo doméstico no remunerado de las mujeres.

Este cuerpo político se expresa en todos los espacios e interacciones privadas y públicas. Todas sus dimensiones son en este momento luchas locales y globales. Sin embargo, a la luz de la política, este cuerpo político no existe como tal.

Pero lo que no existe, dice Boaventura de Sousa Santos refiriéndose a la sociología de las ausencias, es activamente producido para no existir. Una nueva mirada consiste justamente en transformar, teórica y políticamente, lo imposible en posible y la ausencia en presencia. Por ello, la modificación de las condiciones de esa “no existencia” va más allá del nombrar en singular. Para la legitimidad y reconocimiento del cuerpo como política son necesarios otros cambios democráticos que impacten aquello que actúa activamente para su no existencia. Recuperándolo activamente en sus formas de emergencia, en la forma en que se expresa, en los conflictos que produce, en lo que limita su expansión. Y acá hay una agenda –teórica y práctica– nutrida y contundente: lucha por un estado laico y una cultura secular; lucha contra el neoliberalismo y el poder de las transnacionales, especialmente de medicamentos pero no solamente; lucha contra el racismo, por

el reconocimiento de la diversidad de cuerpos, por los derechos reproductivos y sexuales, contra el militarismo. Iluminando nuevas dimensiones productoras de derechos y reafirmando que no es posible un cambio de cultura política que recupere el cuerpo como portador de ciudadanía si no se avanza en otros múltiples campos democráticos.

La democracia

Luchas contra las exclusiones; luchas por la justicia económica y la justicia global; luchas contra el hegemonismo neoliberal; luchas por el cuerpo político y por el reconocimiento y diálogo de las diversidades son los campos de incidencia y de propuestas de los movimientos de mujeres y feministas, y de muchos otros espacios y movimientos de la sociedad civil democrática. No son luchas sectoriales y específicas, aunque estas son muy necesarias para concretarlas. Son más bien estrategias para una nueva cultura política que recupere la justicia de género como parte de y desde las otras múltiples injusticias, avanzando más allá de nombrar un derecho en singular, más allá de las luchas por un derecho específico, “o de políticas afirmativas que acerquen las brechas de desigualdad, al modo de las primeras etapas de estos movimientos sociales, sino también de ‘políticas transformativas’” (Bellucci y Rapisardi, 1999) capaces de impactar las relaciones sociales, económicas, culturales y simbólicas. Recuperando así la democracia como el terreno de la negociación de las diferencias y conflictos y no como su negación.

Pero una nueva cultura política democrática requiere el desarrollo de la democracia en todos sus niveles —en el país, en la casa, en la cama, en lo íntimo, en lo local, en lo global. Y para todas sus diversidades, ya que “corresponde a la democracia, y específicamente a la política democrática, celebrar y promover las disputas y los acuerdos que tal pluralidad de voces e intereses conlleva” (PNUD, 2004). Porque es en la democracia donde se dan las luchas por la definición y redefinición de los derechos y las obligaciones.

Y acá entran las múltiples estrategias feministas que se están desarrollando y muchos de los retos que tenemos por delante. Uno de ellos es ir más allá del nombrar en singular para hacerlo en conexión, influenciando desde nuestras visiones y estrategias los derroteros por donde se desarrolla la democracia en nuestros países y a nivel global. Ese es un derecho y una responsabilidad de los movimientos feministas. Que cambie la exclusión de las mujeres y que se asienten estrategias de emancipación requiere también, sabemos, muchos otros cambios democráticos, que se impulsan desde múltiples estrategias: orientar la presión, acción y diálogo hacia los estados no sólo para fortalecer la democracia sino para “democratizar las ciudadanías” (PNUD, 2003) requiere al mismo tiempo el fortalecimiento de las sociedades civiles y sus movimientos y el posicionamiento autónomo, dialogante y negociador, desde su propio perfil. Las maquinarias estatales de la



© Contrainmagen

mujer en los gobiernos son un nicho que puede o no aportar a ello. Sin embargo, el objetivo de los feminismos que asumen estrategias hacia el estado es más amplio. En la crisis del estado y su urgente reforma administrativa, judicial, electoral, tributaria; en la reforma y democratización de los partidos políticos y en la construcción de sistemas democráticos de partidos, en colocar a la política en el centro y no a la economía, los feminismos tenemos algo que decir.

Parecería entonces que el “hoy” de los feminismos en el nuevo milenio es recuperar las palabras plurales traduciéndolas a un proyecto político donde la diversidad sea reconocida, asumida, trabajada subjetivamente y no sólo tolerada. Donde las apuestas feministas puedan expresarse y enriquecerse de los aprendizajes que van dejando los reconocimientos y conexiones con otras luchas democráticas, alimentando nuevas culturas políticas que den cuenta de la explosión de nuevas identidades y nuevos actores y actoras sociales. Y donde la justicia redistributiva y la justicia del reconocimiento sean los ejes orientadores de su propuesta de transformación.

Bibliografía

Ávila, Maria Betânia 2001 “Feminismo, ciudadanía e transformação social” en *Textos e Imagens do feminismo: mulheres construindo a igualdade* (Recife: SOS Corpo).

Beck, Ulrich 2004 “Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía política mundial” en *Estado y Sociedad* (Barcelona/Buenos Aires/México: Paidós) N° 124.

Bellucci, Mabel y Rapisardi, Flavio 1999 "Alrededor de la identidad. Las luchas políticas del presente" en *Nueva Sociedad* (Caracas: Nueva Sociedad) N° 162.

Bonan, Claudia 2001 "Política y conocimiento del cuerpo y la estructuración moderna del sistema de género", mimeo.

Castells, Manuel 1999 "Los efectos de la globalización en América Latina por el autor de 'La era de la información'" en *Insomnia. Separata Cultural* (Montevideo) N° 247, 25 de junio.

Domínguez, Nora 2000 "Diálogos del género o cómo no caerse del mapa" en *Estudios Feministas* (Santa Catarina: CFH/CCE/UFSC) Vol. 8, N° 2.

El Achkar, Soraya 2001 "Liberación dialógica del silencio: una intervención política cultural". Ponencia presentada en la 3ª Reunión del GT Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales de CLACSO, Caracas, 29-30 de noviembre/1 de diciembre.

Harcourt, Wendy y Escobar, Arturo 2003 "Mujeres y política de lugar" en *Desarrollo, lugar, política y justicia: las mujeres frente a la globalización. Revista de la Sociedad Internacional para el Desarrollo* (Roma).

Jelin, Elizabeth 2001 "Diálogos, encuentros y desencuentros: los movimientos sociales y el MERCOSUR", mimeo.

Kirkwood, Julieta 1986 "Ser política en Chile. Las feministas y los partidos" (Santiago de Chile: FLACSO).

Lechner, Norbert 2000 *Informe de Desarrollo Humano* (Santiago de Chile: PNUD).

Maffia, Diana 2000 "Ciudadanía sexual. Aspectos personales, legales y políticos de los derechos reproductivos como derechos humanos" en *Feminaria* (Buenos Aires) Año XIV, N° 26-27.

Massey, Doreen 2000 "The Geography of Power" en *Red Pepper* (Londres). En <<http://www.redpepper.org.uk>>.

Melucci, Alberto 2001 *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información* (Madrid: Trotta).

PNUD 2003 *Informe sobre democracia en América Latina*.

PNUD 2004 *Informe sobre democracia en América Latina*.

Santos, Boaventura de Sousa 2002 "Para uma sociologia das ausencias e uma sociologia das emergencias" en *Revista Crítica de Ciências Sociais* (Madrid: Universidad Complutense de Madrid) N° 63, octubre.

Sutherland, Juan Pablo 2004 "Traductibilidad y proyección política: la sistematización y politización de los saberes" en Fernández, Josefina; D'Uva, Mónica; Víturro, Paula (comps.) *Cuerpos ineludibles. Un diálogo a partir de la sexualidad en América Latina* (Buenos Aires: Ediciones Ajá de Pollo).

Yuval-Davis, Nira 2004 "Human/women's rights and feminist transversal politics" en Ferree, Myra Marx y Tripp, Aili (eds.) *Transnational Feminisms: Women's Global Activism and Human Rights* (Minnesota: Minnesota University Press).